# CRÍTICAS LIBROS

#### **NARRATIVA**

# Torbellino de espías

#### POR J. ERNESTO AYALA-DIP

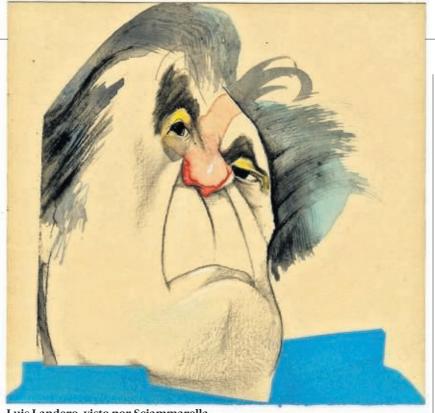
Traten de lo que traten, siempre hay en las novelas de Justo Navarro un patrón que las conduce. Ese patrón es la escritura, creando atmósferas y tipos humanos algo brumosos, cómodos en cierta indeterminación existencial. También la escritura sumándose a las descripciones de ambientes, dibujando caracteres psicológicos, mediando en los diálogos cortantes. Con este bagaje, Navarro retorna ahora con una novela, Petit Paris, que prácticamente nace de la anterior publicada hace tres años, Gran Granada. Como mínimo repite protagonista, con la nueva aparición del comisario Polo. Todo parece indicar que el autor granadino no dejará a Polo descolgado de su narrativa. Y lo celebro a juzgar por los resultados. El comisario Polo debe ir a París a recabar información sobre unos lingotes de oro que alguien encargó a otro sacar del país. No estamos aquí, como ocurrió en Gran Granada, con el funcionario policial metido en el meollo politiquero y corrupto del franquismo de los años sesenta. Como si el mismo comisario necesitara refrescar su memoria, lo hallamos en el París ocupado de 1943. En medio del torbellino de espías y contraespías, de gente que cambia de chaqueta para vivir mejor o simplemente sobrevivir, nuestro comisario no sabe exactamente qué suelo pisa. Petit Paris, el estrecho perímetro de la gran capital donde todo el mundo se conoce o hace no conocerse, se espía, se sigue, se denuncia o se avisa que la vida de alguien que se ama en silencio o se admira corre peligro, conforma un universo cerrado, con sus propias leyes, sus propias víctimas o sus propios ejecutores. En el poco tiempo que Polo debe estar en París, los muertos se acumulan. Pero de todos ellos a Polo solo le interesa uno. Pasan los días y el funcionario da por amortizada su



misión, que no es oficial. Pero todo se complica. Y entre medias, aparece una mujer llamada Álodia Dolz, en las antípodas de Clara, la bella y joven bibliotecaria de Gran

Granada, funcionaria también del nuevo Estado español. Pero también tan difícil de olvidar. Justo Navarro pega brillantemente a estos dos personajes tan opuestos. Solo son iguales ahí donde más nos importa, en su sutilísima realización narrativa.

**Petit Paris** Justo Navarro Anagrama, 2019 240 páginas. 17,90 euros



Luis Landero, visto por Sciammarella.

# Familias feroces

## Luis Landero firma un libro admirablemente escrito por el que circula una espiral infernal de secretos de sangre

POR JOSÉ-CARLOS MAINER

or supuesto, la primera frase de un relato no es la primera que se ha escrito, sino la que, en un momento revelador, el autor sabe que anticipará su inevitable final. "Ahora ya sabe con certeza que los relatos no son inocentes, no son del todo inocentes": cuando esta frase inicial nos captura a los lectores, todavía no sabemos que Aurora —que es quien la piensa— será la víctima de haberlo intuido. Y entenderemos enseguida que su estatuto narrativo no solamente consiste en ser receptora de discursos ajenos. Porque la arrastrará ese torrente de palabras que hierven en la inmensa olla de la convivencia familiar. Como las familias de Tolstói, todas las que habitan las novelas de Landero se parecen, unas involuntariamente cómicas, otras más trágicas (como las de Hoy, Júpiter y Absolución, dos grandísimos relatos), porque en todas se esconde un mismo sistema de rencores, de delirios egoístas, de ejercicios de poder o esclavitudes que se disfrazan de resignación. Y el mismo aroma sofocante de una clase media baja que trabaja sin lograr salir de la penuria: lo reflejan aquí los arbitrios de la madre viuda que invierte sus ahorros en montar una pequeña mercería, mientras prosigue con su trabajo habitual de practicante a domicilio. Todo esto a costa de la frustración de sus hijas y en 1982 —se consigna con ironía cuando "en España podía oírse latir al joven y poderoso corazón de la historia".

Hay dos términos de técnica musical que vienen a la cabeza al leer la subyugante prosa de Luis Landero, tañedor de guitarra, en Lluvia fina. Una es el signo de notación musical que avisa al ejecutante del legato, el ligado de las notas, que le obliga a una dicción persuasiva, continuada y armoniosa. La otra tiene que ver con la composición, el ostinato: el énfasis en un acorde que se ha de repetir a lo largo de una melodía, como si fuera un nuncio del destino o, quizá mejor, un recuerdo ominoso de que se cumplirá. Este es un libro admirablemente escrito y de sugestión profundamente musical, porque la música es expresión de la fatalidad y porque surgió de la voz humana y del encuentro de las voces. Nos hallamos ante un texto casi siempre dialogal, pero en una variante poco frecuente: los diálogos que engarzan las confesiones no son autónomos, sino subrogados, contados a un interlocutor que a su vez los narra a otro, que quisiera ser imparcial y comprensivo. Su bondad natural, su cariño por su marido, han hecho de Aurora —uno de los personajes femeninos más hermosos de la narrativa de Landero— el árbitro involuntario de la catástrofe familiar: un padre —que solo vive en los recuerdosque fue cariñoso, imaginativo y un poco infantil; una madre que —por contraste- es autoritaria, empecinada y frecuentemente cruel; una hermana - Andrea - que está enloquecida por la envidia y la frustración; otra —Sonia— que, pese a las mismas carencias, conserva un mínimo espíritu de sobrevivencia, v otro hermano, Gabriel, que es infantiloide y egoísta, pero cariñoso y persuasivo, que es el marido de la paciente Aurora. Y es que —como sabemos al final en palabras de Andrea— "la gente es estúpida y ninguna estupidez es ingenua".

Pero por dentro de la lluvia fina circula una espiral infernal de secretos que ha levantado la idea de celebrar con un almuerzo el 80º cumpleaños de la madre. Y todo empieza a ser peor de lo que ya parecía, porque Gabriel es más que un hombre trivial y egoísta y porque Horacio, que estuvo casado con Sonia, es un ser degenerado y maligno. Y Aurora va no puede "contar, sonreír, explicar, escuchar" tanta miseria como le espera en los últimos mensajes telefónicos que recibe. El acorde final de Landero - en la noche, bajo la lluvia... - cierra espléndidamente la novela.

## Lluvia fina Luis Landero Tusquets, 2019 272 páginas. 19 euros

# Un brillante aturdimiento

## POR LAURA FERNÁNDEZ

Dice Chris Kraus, autora de Amo a Dick, escritora cuya forma de vida es en sí misma una exploración literario-artística de lo que significa estar viva en un mundo que ha sido muchas cosas antes y será muchas más después, que para entender el presente no hay que escribir sobre él sino desde él. Y eso es precisamente lo que hace Olivia Laing en su primera novela. Laing toma un puñado de días de distintos meses de 2017 —pequeños *flashes* de mayo a septiembre—, y viaja entre ellos —ahora está justo aquí, y luego un poco más allá, y después, otra vez aquí: el tiempo es un titular tras otro, a veces un tarrito de miel, Roma, Instagram, ensayos que comparan los excesos sexuales de las novelas del Marqués de Sade con la vida en una oficinadiluyéndose en un continuum interruptus que actualiza el flujo de conciencia con el que James Joyce edificó, delicioso delirio mediante, el Ulises, y Virginia Woolf, con autoexploración existencial, Las olas.

En su fascinante y brillante osadía, *Crudo* propone un ansioso flujo de conciencia para el siglo XXI —sí, se siente *ansiedad* al leer a Laing, pero no es el libro quien la genera, es el efecto espejo: es nuestra vida hoy—, y es



Valla del campo de Auschwitz. MONDADORI/GETTY

uno en el que, decíamos, el tiempo no existe, en el que todo son llamadas de atención, es el mundo queriendo que estemos pendiente de él sin descanso, que olvidemos quiénes somos, que nos dejemos llevar por el placer de, precisamente, olvidar quiénes somos. ¿Ocurre algo en Crudo? Ocurre todo. Kathy, mezcla de mujeres, o mujer caleidoscópica capaz de contener una pequeña colección de todas las mujeres que la propia Laing, o la propia Kathy Acker —cuyo fantasma

está por todas partes—, podrían ser o haber sido, está primero a punto de casarse, y luego ya está casada, y en algún momento pasa por Roma, y por la casa de campo de una amiga, pasea por Nueva York, está en algún tipo de jardín con su ya para entonces marido, lan, mero atrezo en un mundo en el que se vive estando en todas partes y en todas a la vez.

La ubicuidad del presente esconde la revelación de la novela y la verdadera intención del momento: el aturdimiento. Adicta a los "chutes de indignación de las diez de la mañana, de las tres de la tarde y de las siete de la noche", la humanidad es más maleable que nunca. Nadie está viviendo su vida, sólo la está viendo pasar, en mitad de un aluvión de información innecesaria e imparable que busca su lugar (y es siempre uno privilegiado) y lo ocupa, restándole, cada día, tiempo a tu tiempo. En ese sentido, Crudo no es sólo una novela, es un toque de atención, un espejo-antídoto contra el peligroso aturdimiento, que ya ha sido usado antes y con horripilantes resultados — "fue lo que hicieron los nazis, hacer creer a la gente que todo se movía demasiado deprisa (...) y que, por más desagradable y finalmente aterrador y espantoso que resultara todo, era imposible hacer nada al respecto"—. Si *Crudo* no es el libro del año, debería estar entre ellos. Nada, por el momento, se ha acercado tanto y tan bien al monstruoso presente.

## **Crudo**

Olivia Laing

Traducción de Albert Fuentes Alpha Decay, 2019. 128 páginas. 17,50 euros